

EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN PARQUE LEZAMA (1988 y 1989)

Daniel Schávelzon y Ana María Lorandi

(Reproducción de los textos publicados en 1989 y 1992¹)

Esta investigación se desarrolló en el marco de los programas del Centro de Arqueología Urbana, del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas M. J. Buschiazzo (FADU), de la Universidad de Buenos Aires durante los años 1988 y 1989.

Las excavaciones se hicieron con la ayuda de la arqueóloga Sandra Fantuzzi y el arquitecto Marcelo Magadán; colaboraron en los trabajos Félix Acuto, Teresa di Martino, Pablo López Coda, Marcela Medizza, Paula Palombo, Marisa Lazzari, Verónica d'Angelo, Andrés Zarankin, Amaru Argueso, Fernando Píriz y Marcelo Seume.

Agradecemos en forma especial a la organización Earthwatch por haber hecho posible esta excavación.

La excavación dentro del Museo Histórico Nacional pudo hacerse gracias a la autorización de la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos; agradecemos al director del museo Jacinto Fierro, y a María Angélica Vernet por su colaboración.

La investigación histórica fue realizada por María del Carmen Magáz y María Beatriz Arévalo.

La cerámica colonial fue revisada en Madrid por Lorenzo López y Sebastián.

¹ Este texto es una versión reducida y con ligeras modificaciones ortográficas de lo publicado en dos oportunidades por los autores: **La arqueología urbana en la Argentina**, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992 y **Excavaciones en Parque Lezama, Buenos Aires; informe preliminar (1988)**, Programa de Arqueología Urbana, 1989, Instituto de Arte Americano, FADU, UBA, Buenos Aires

Uno de los temas más atractivos para la arqueología en Buenos Aires es, sin duda, el lugar en que la primera ocupación española de la actual ciudad fue establecida entre 1536 y 1541. No queremos decir el sitio de la “primera fundación”, debido a que ese término implica referirnos a una vieja polémica acerca de si la ciudad fue fundada o no en esa oportunidad. De todas formas, su ubicación precisa en primer lugar, y de encontrarse, el estudio de las condiciones de vida de sus ocupantes, es un tema atractivo y de importancia para nuestra historia. Es así como surgió un proyecto encaminado a excavar el sitio de mayores probabilidades según la historiografía oficial, es decir, el actual Parque Lezama. Allí se encuentran los monumentos a Pedro de Mendoza y a Ulrico Schmidl, y desde 1936 hay un marcado consenso sobre el lugar –aunque con fuertes discusiones-, y prácticamente todo porteño estudia en sus manuales y libros escolares que esa es una verdad indiscutible. Es absolutamente imposible reseñar siquiera en este artículo la enorme bibliografía existente sobre el tema, ya que desde el siglo pasado se han escrito cientos de libros y artículos de la más variada índole y calidad. Pero de todas formas, es posible establecer algunas ideas centrales que permiten definir las hipótesis existentes y su grado de factibilidad. Recordemos que Pedro de Mendoza recibió su *Capitulación* el 21 de mayo de 1534 y que entre las condiciones que el rey le estipuló estaba la de construir “tres fortalezas de piedra”.²

La flota de Mendoza era poderosa para la época; compuesta por unos dos mil hombres y mujeres, caballos y enseres de todo tipo, sufrió adversidades y problemas en el viaje y al llegar a la isla de San Gabriel, frente al Uruguay, contaba con unos mil quinientos viajeros. De allí salió un grupo a reconocer la costa occidental del río que incluía un práctico que había viajado con Gaboto a estas tierras, y en el mes de febrero de 1536 la flota ancló en un sitio no bien determinado sobre la costa. La información existente es vastísima pero, por cierto, muy vaga, lo que se ve dificultado por las diversas lecturas que los autores modernos han hecho de ella; de lo que no queda duda es de la presencia de “un río pequeño que entra en el río grande”³, de las barrancas y de que hubo, al parecer, un puerto y un “real” o asentamiento –cuál era la distancia entre uno y otro no lo sabemos, si es que la hubo-. Ruy Díaz de Guzmán habla del riacho “del cual media legua arriba fundó una población que puso por nombre a Santa María”,⁴ y Hernando de Montalvo escribió que “Buenos Aires tiene un muy buen puerto, que es un riachuelo”,⁵ e incluso Pedro Estupiñán Cabeza de Vaca ubicó “la entrada del puerto justo donde estaba asentado el pueblo”.⁶ Todo esto es confuso ya que en realidad los datos concretos son pocos y los accidentes físicos son obviados salvo por el riacho y la barranca; todo esto llevó a que desde el siglo pasado se considerara como lugares más probables los terrenos que van desde el actual Riachuelo, cuya entrada no es la que había en el siglo XVI, y la zona de la actual Plaza de Mayo, y de allí siguiendo el cauce del Riachuelo mismo. La mayor parte de las hipótesis existentes se restringen a esa zona. El inconveniente más grave de todo esto es que desde la primera edición del libro de Ulrico Schmidl⁷ se incluyeron dos grabados que muestran una ficticia ciudad siendo asediada por los indios.

Si bien la bibliografía ha demostrado que esos dibujos son de un grabador alemán que ni siquiera conoció personalmente a Schmidl e hizo su trabajo por encargo de un editor, la base de la identificación de la ubicación de la ciudad se sigue haciendo con esas ilustraciones. Incluso hay

² Básicamente la información resumida en este trabajo proviene de los volúmenes publicados por la Comisión del IV° Centenario de la Fundación de la Ciudad de Buenos Aires, 1936

³ Enrique de Gandía, *Historia de la Boca del Riachuelo*, Buenos Aires, 1938; *Crónica del magnífico adelantado don Pedro de Mendoza*, Buenos Aires, 1936

⁴ Ruy Díaz de Guzmán, *La Argentina*, Huemul, 1974. Hay ediciones cuidadas por Groussac (1914) y por de Gandía (1943, 1945 y la citada en primer lugar)

⁵ Hernando de Montalvo, en Rómulo Zabala y E. de Gandía, *Historia de la ciudad de Buenos Aires*, vol I, Unión de Editores Latinos, Buenos Aires, 1936

⁶ Enrique de Gandía, “Primera fundación de Buenos Aires”, *Historia de la Nación Argentina*, vol.III, pp.135-175, Buenos Aires, 1939.

⁷ La edición más completa de Schmidl puede verse como tomo anexo a las publicaciones de la Comisión Oficial del IV° Centenario de Buenos Aires, 1936

libros enteros dedicados a interpretar e incluso a “completar” dichos grabados.⁸ En ellos se ve un recinto guarnecido por una muralla, casas de tradición europea –incluida una de dos pisos–, una costa sin barrancas pero con colinas y otros detalles que no eran de Schmidl, quien conoció demasiado bien la región, su flora y su fauna; incluso las olas del río casi lamían los pies de la muralla sobre la costa. A todas luces son irreales y, si bien es posible encontrar algunas similitudes con la zona, se debe tener en claro que estas pueden ser casuales o resultado de que el grabador leyó el manuscrito antes de dibujar, o bien por haber forzado a grados extremos nuestras ideas acerca de cómo debió haber sido el sitio.

Las hipótesis establecidas hasta ahora con cierto rigor científico son las siguientes: la primera fue postulada por Paul Groussac y por Eduardo Madero⁹, coincidiendo ambos en que el sitio estaba sobre el Riachuelo mismo, en la zona de la Vuelta de Rocha, pese a que el lugar es bajo e inundable; fue ampliamente discutida por Juan José de Nájera¹⁰ y Enrique de Gandía¹¹ en función de la geología de la zona y de la fecha de construcción del fondeadero existente en ese lugar. La segunda hipótesis fue sostenida por Aníbal Cardoso¹² para quien el sitio estaba ubicado en la orilla norte del Tercero del Sur, también llamado Zanjón de Granados, en lo que hoy es la zona de las calles Chile, Perú, Balcarce, México, Independencia y Defensa. Sin duda, las investigaciones realizadas por Cardoso fueron las más amplias y completas de su época, incluyendo estudios geográficos, ecológicos, fisográficos, históricos y geológicos. Esta idea se encuadra con otras que veremos más adelante.

Pero, la hipótesis más fuerte es la establecida originalmente por Félix Outes¹³ quien pensó como sitio probable la barranca de Parque Lezama hacia la esquina de Paseo Colón y Martín García; coincidían, en este caso, la barranca con el puerto en el Riachuelo original y, según él, la antigua aldea cubría parte del actual parque. Esta idea fue estudiada más tarde por Nájera,¹⁴ y por de Gandía¹⁵, quien incluso compiló mucho material sobre el tema y en especial sobre la destrucción de la ciudad por órdenes de Alonso de Cabrera¹⁶. De Gandía formó, en 1936, parte de la comisión del IV° Centenario junto con Mariano de Vedia y Mitre, Emilio Ravignani y José Torre Revello entre otros, quienes publicaron la serie de volúmenes que contienen los documentos de archivo sobre el tema. Esta comisión concluyó que Lezama y su entorno inmediato era el lugar más probable,¹⁷ aunque la localización distaba de estar probada; en cambio Nájera pensaba en una zona más amplia, que iba desde Lezama hasta el Tercero del Sur. De todas formas, gran parte de sus ideas hoy pueden ser discutidas, en especial la interpretación de las láminas de Schmidl. Pero de todas formas, aunque la duda quedaba establecida, la bibliografía tomó el hecho como consumado y definitivo. Nunca hubo intentos de excavar en el lugar o siquiera controlar las excavaciones realizadas para construir y demoler edificios en el lugar, como luego describimos.

⁸ El tema de los dibujos es de tremenda importancia: hechos por un grabador después de la muerte de Schmidl han sido tomados por fidedignos por muchos autores, en especial De Gandía y por Nájera quien absurdamente llegó incluso a “completarlos”

⁹ Paul Groussac, *Mendoza y Garay: las dos fundaciones de Buenos Aires*, J. Menéndez, Buenos Aires, 1916

¹⁰ Juan José Nájera, *Las puntas de Santa María del Buen Ayre*, Municipalidad de la Ciudad, Buenos Aires, 1971 (edición original de 1936)

¹¹ Enrique de Gandía, op. Cit.

¹² Aníbal Cardoso, “Buenos Aires en 1536”, *Anales del Museo Nacional de Historia Natural*, serie 3, tomo XIV, pp.309-372, Buenos Aires, 1911

¹³ Un resumen de las ideas de Outes y de Madero pueden verse en Enrique de Gandía, *Buenos Aires desde sus orígenes hasta Hernandarias*, Buenos Aires, 1937

¹⁴ Nájera, op. cit.

¹⁵ De Gandía, op. cit.

¹⁶ Enrique de Gandía, *Historia de Alonso de Cabrera y de la destrucción de Buenos Aires desde sus orígenes hasta Hernandarias en 1541*, Buenos Aires, 1936

¹⁷ El voto fue asumido como unánime, pero más tarde Guillermo Furlong plantearía sus dudas; véase nota 18

Con los años surgieron otras hipótesis más o menos serias o novedosas, como las de Carlos Roberts que ubicaban el asentamiento en plaza San Martín,¹⁸ la de Guillermo Furlong que lo hacía en las cercanías del puente Uriburu,¹⁹ la de Marcelo Irigoyen²⁰ y tantas otras. Todas se basan en los mismos datos y todas pueden ser criticadas con los mismos argumentos. El tema, por cierto, sigue esperando una visión menos comprometida y más neutral que no quiera mostrar que los documentos indican el sitio predeterminado por el autor, debido a que su misma vaguedad sirve para adaptarlos a cualquier sitio. Esto es tan cierto que incluso se dejaron de lado documentos originales de importancia conocidos en su época, por no ajustarse demasiado a las hipótesis que se querían demostrar.

Con respecto a los descubrimientos en los sitios respectivos sólo hay uno que puede ser citado, aunque después pueda ser descartado: se trata del hallazgo por Eduardo Madero de restos de los barcos por él identificados como de tiempos de Mendoza, y que están en el Museo de Historia Nacional. No hay una atribución cierta, no hay información alguna sobre el sitio exacto de proveniencia –algún lugar del actual puerto, cerca de Dársena Sur- y además las dimensiones del barco no parecen corresponder ni con la Marañoña –como él supuso-, ni con la Santa María, como también aseveró. Ni siquiera existe un estudio mínimo salvo algunas descripciones.²¹

De todas formas y al margen de lo que la historia nos ha dicho, la arqueología presentaba la posibilidad de demostrar o denegar esas ideas: la única alternativa para dilucidar el problema es la excavación, suponiendo que aún quedara algo de dicho asentamiento. De allí la intención de excavar en Parque Lezama y comparar los resultados con lo obtenido en otros sitios de la ciudad, en especial con San Telmo y la zona del Tercero del Sur. Para ello era necesario repensar el tipo de asentamiento que pudo construir Pedro de Mendoza, su extensión y características.

En primer lugar debemos tener en cuenta que Mendoza traía una flota impresionante para su época y que 1500 hombres y mujeres, además de sus caballos, conforman una masa humana que ocupa un lugar de gran extensión. Sabemos que muchos de ellos continuaron viviendo en las naves, que otros viajaron constantemente y mucho tiempo, tanto por agua como por tierra; de todas formas era un contingente importante. Lógicamente su impronta sobre el suelo debió ser de alto impacto, más aún que construyeron casas – que no debieron pasar de ser unas ramadas-, una muralla de tierra –quizá solo un montículo que rodeaba el sitio-, una o más iglesias que fueron llevadas por el agua y la casa de Mendoza que se destacaba sobre las demás, incluso en los últimos años y ante el hambre que los azotaba, comenzaron a sembrar la tierra. Cientos de cadáveres debieron ser enterrados en algún sitio, aunque Antonio Rodríguez nos dice que algunos quedaron sin sepultura²² lo que supone una actividad fuerte sobre el terreno. También los viajeros y quienes arribaron más tarde –como León Pancaldo- trajeron vajillas y una variedad inusitada de objetos de uso cotidiano que amén de los restos de los animales, dejan huellas factibles de ser localizadas. Los juicios seguidos por los sobrevivientes nos deja una lista enorme de los objetos con que contaban, lo que debió quedar sembrado en tantos años a lo largo de una superficie extensa. Y si bien es difícil calcular el área directamente afectada y ocupada, debe ser de por lo menos varias manzanas actuales.

Esto permitía suponer que, si en otros sitios de la ciudad se encontraron materiales de esa época, sin duda en el asentamiento mismo debía existir un contexto completo de objetos de fácil ubicación cronológica, sellado por una capa de carbón del incendio ordenado por Alonso de

¹⁸ Véanse los libros citados de Enrique de Gandía donde discute las ideas de Roberts con más detalle.

¹⁹ Guillermo Furlong “La primera fundación de Buenos Aires”, *Todo es Historia*, n° 79, pp. 24-31, Buenos Aires, 1973

²⁰ Marcelo Irigoyen, “Fundación de Buenos Aires”, *Diagonal*, n° 9, pp.12-17, Buenos Aires, 1977

²¹ Antonio Romero, “Fundación de Buenos Aires”, *XXII Congreso Internacional de Americanistas*, vol. pp. 637-663, Roma, 1926

²² Serafín Leitte, “Un cronista desconocido de la conquista del Río de la Plata, Antonio Rodríguez (1535-1538)”, *Reseñas y trabajos del XXVI Congreso Internacional de Americanistas*, vol. II, pp. 168-190, Sevilla, 1948

Cabrera antes de su posterior abandono por el medio siglo siguiente. Hoy en día la arqueología puede identificar los tipos cerámicos de la primera mitad del siglo XVI sin mayores dificultades.

Descripción y reseña histórica del Parque Lezama

Los terrenos que hoy ocupa el parque tienen una larga historia; repartidos por Garay en 1580 a Alonso de Vera quedaron desde siempre fuera del trazado del casco central, que terminaba en el Tercero del Sur, límite físico de la ciudad hasta el siglo XVIII. La superficie que ocupa está demarcada por las calles Paseo Colón, Martín García, Brasil y Defensa y sus características más salientes son sus desniveles y sus barrancas; (estas fueron rebajadas antiguamente pero para construir el Paseo Colón; se subió el nivel de esa calle casi cinco metros sobre el original). Debido a su altura en el borde de la barranca se ubicó la Casa de Pólvora, a veces confundida con la Guardia del Riachuelo, la que fue desmantelada a principios del siglo XIX. Eran terrenos pocos frecuentados, deshabitados, cuyo nombre común era Punta de Santa Catalina, por lo menos hasta 1739 en que los compró María Bazarco. Después de ella el terreno se subdividió en varios solares y la primera construcción digna de recordarse es la que en 1812 le vendió Manuel Gallego y Valcárcel a Daniel Mackinlay. Por este último poblador fue conocido el lugar como Quinta de los Ingleses durante casi un siglo, aunque sus tierras no ocupaban exactamente la superficie actual del parque. Lo poco habitado del sitio lo expresa bien José Mármol en su *Amalia* al describir el lugar y la barranca durante la noche.²³

En 1826 la quinta fue comprada por un norteamericano llamado John B. Horne quién amplió el terreno, construyó obras de ornato y jardinería y levantó una regia mansión sobre la calle Defensa; sus fiestas fueron célebres en su época y han quedado varias descripciones interesantes. En 1857 todo pasó a poder de Gregorio Lezama quien hizo ampliar la casa con torre-mirador, estatuas, galerías y nuevas obras de jardinería; en buena parte es lo que existe actualmente. Incluso se hicieron otras obras para la servidumbre, caballerizas, cocheras y galerías, incluidas calles con macetones y estatuas, además de miradores y una glorieta. Fue la primera gran intervención física sobre el terreno del parque.

Pero debemos recordar que los lotes que enfrentaban las calles Brasil y Defensa no eran de su propiedad y existían casas de otras familias, las que llegaron hasta el final de ese siglo: es decir, que sus terrenos quedaban cerrados a la calle casi en su totalidad, salvo en la zona de las barrancas.

En 1887 la Municipalidad estaba interesada en imitar el sistema de parques de París, con la construcción de uno en la zona sur que hiciera *pendant* con el de la zona norte. Con la muerte de Lezama en 1887 la familia vendió los terrenos incluida la gran casona, y el municipio adquirió las casas que se abrían tanto hacia Defensa como hacia Brasil, para ampliar el terreno procediendo luego a demolerlas: la residencia pasó a ser Museo Histórico Nacional;²⁴ más tarde se construyó una reja perimetral en el parque que subsistió hasta 1931. Estas demoliciones arrojaron gran cantidad de escombros que fue usado para darle mayor altura al terreno sobre la calle Brasil, dejando incluso parte de paredes, pisos y cimientos de las casas persistentes bajo tierra. En la parte baja del terreno se levantó una escuela, que al principio funcionó en las caballerizas, pero todo fue demolido, incluso el nuevo edificio de dos pisos, antes de 1950. En 1900 se construyó en Brasil y Balcarce un enorme restaurant con forma de molino, al borde del actual anfiteatro, cuya obra es moderna. Pero el parque tenía otras construcciones: un tren con estación para niños, un teatro abierto hecho en 1908, una provisional plaza de toros, un lago con góndolas luego relleno, un quiosco, un lactario

²³ Ismael Bucich Escobar, *El Museo Histórico Nacional en su cincuentenario 1889-1939*, Edición Oficial, Buenos Aires, 1939

²⁴ Alejo González Garaño, "Museo Histórico Nacional, su creación y desenvolvimiento"; *Boletín de la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos*. Vol. VI, Buenos Aires, 1944

y tambo, la pérgola sobre la avenida Martín García, la pista de patinaje, un enorme palco-tribuna para fiestas, un circo, un picadero y varios monumentos levantados durante y a partir de 1936.

Esta lista inusitada de edificios construidos en el parque destruyó la mayoría del terreno hasta profundidades insospechadas. Para hacer el anfiteatro se debieron mover más de tres mil metros cúbicos de tierra; más tarde se pasaron cañerías de agua, electricidad, gas, teléfonos, semáforos, desagües cloacales y pluviales, etcétera. Como veremos, en las excavaciones nadie se preocupó por pensar que, si era cierto que allí podría estar la Buenos Aires de Mendoza, sus restos debían cuidarse y preservarse, o siquiera estudiarlos. Ahora es demasiado tarde.

Ubicación de las excavaciones

Este parque, a diferencia de la mayoría de los de la ciudad posee una topografía muy peculiar, con tres zonas: las barrancas, la parte plana superior y el sector del anfiteatro, existiendo un desnivel máximo de 13,53 metros en relación con las calles y un desnivel absoluto de 23,53 metros sobre el nivel cero de la ciudad. Se trianguló todo el parque por sobre los planos preexistentes con el objeto de que las cuadrículas a excavar cubrieran los diferentes sectores del mismo, en la medida en que gran parte del terreno está cubierto por calles asfaltadas, monumentos, construcciones diversas, bancos, fuentes y árboles; por otra parte el parque es usado diariamente y no era posible afectar en forma agresiva las actividades habituales.²⁵ El punto cero de triangulación quedó marcado en el Monumento a Pedro de Mendoza, para futuros replanteos.

Los tres sectores elegidos en primera instancia fueron:

- 1) la cota más alta sobre la barranca que da al sur, tratando entre otras cosas de ubicar algún resto del polvorín que allí había existido; en ese sector se ubicaron las cuadrículas B-1 y B-3; las B-4 y B-6 se hicieron en el medio de la barranca y la B-5 al pie de ella, con el objeto de dar una cobertura sistemática.
- 2) En otro sector cercano de cota aún más alta (23,30m.) se hizo la cuadrícula A-4
- 3) Al norte de la superficie central del parque las A-1 a A-7, sobre la barranca hacia Paseo Colón se excavó la B-7 y la operación denominada V, que intentaba otro objetivo. En ese caso se planteó la posibilidad de hacer una micro estratigrafía para entender el proceso de cambio vivido por el suelo de la plaza durante el último siglo y compararlo con el uso actual, en una superficie amplia (cuatro cuadrículas).
- 4) Se excavó dentro de dos pozos de aljibes encontrados casualmente en el interior del edificio del Museo Histórico Nacional
- 5) Se hizo una intensa recolección superficial en todo el terreno.

Recolección de material superficial

Desde la primera visita al parque se observó que sobre su superficie, en los sectores más erosionados de la parte superior de la barranca sureste, quedaban al descubierto fragmentos de cerámicos y vidrios de diversa antigüedad. La presencia, a simple vista, de materiales fechables para los siglos XVII y XVIII presentaba un panorama alentador sobre la antigüedad del lugar, aunque solo más adelante identificamos bien los tipos más antiguos. El problema era la enorme masa de objetos en superficie, la mayoría modernos –chapitas y vidrios de gaseosas, palitos de helados, plásticos-, lo que obligó a descartar todo objeto que no tuviera una antigüedad mayor de unos cincuenta años. Se aprovechó la intensidad de las lluvias que se sucedieron durante los

²⁵ La Municipalidad fue muy estricta en cuanto a no interferir con las actividades de la plaza, en especial con la feria artesanal y los espacios que esta ocupa.

cuarenta y cinco días de la excavación para hacer sucesivas pasadas, incluida una posterior a la excavación.²⁶ Se pudo observar lo intenso de la erosión en el parque que debe de haber desgastado grandes superficies, las que hoy muestran las raíces de los árboles al descubierto por el mismo motivo y que el intenso proceso de excavación y demolición que se sucedió en el último siglo, lo que en varios sitios invirtió la estratigrafía, dejando más material en superficie que bajo tierra, por lo menos en algunos sectores que luego veremos.

El caso del Polvorín es sintomático: sus rastros se conservaron hasta hace unos diez años cuando, para afirmar un caminito se lo destruyó, dejando los ladrillos al descubierto, que luego fueron desapareciendo lentamente. La mayor parte de las cerámicas coloniales de superficie proviene justamente de allí, donde quedaron tras la remoción de los cimientos y de la tierra del interior que luego fuera lavado por la lluvia.

En una descripción rápida los materiales culturales recolectados pueden clasificarse en veintisiete fragmentos de gres de frascos y botellas de cerveza, ginebra, tinta y conservas, la gran mayoría inglés y holandés. Lógicamente, la mayor parte son botellas de cerveza inglesa²⁷ del tipo cilíndrico (clasificando como Tipo 2^a); uno de ellas pertenece a la Cervecería Hispano-Italiana de Pérez y Corti (1880-1900 aprox.), y otra a la cervecería de Bieckert en sus primeros años (cerca de 1870). La porcelana estuvo presente con cuatro fragmentos finos y veintisiete blandos, lo que muestra una mayor presencia de objetos de uso cotidiano posteriores a 1850; solo uno provenía de Oriente. El vidrio fue el material predominante y hubo fragmentos de botellas inglesas de vino, tanto sopladas como de molde, con picos hechos a mano; hubo botellas de ginebra de base cuadrada, vasos de onda y muchos fragmentos de frascos de farmacia y de perfumería, incluso de colores. La mayor parte del vidrio es del siglo XIX, pero media docena pertenece al siglo XVIII o incluso un poco antes; lo fragmentario de la muestra impide mayores definiciones. Por supuesto, fueron recuperados otros materiales culturales como azulejos en todas sus variedades, desde Pais de Calais en adelante, incluido uno español del siglo XVIII, molduras de yeso, tornillos, maceteros diversos, tejas francesas, caños de cerámica vidriada, etcétera. Es interesante que los fragmentos de molduras resultaron similares a los excavados en la Casa de Barriles a doscientos metros de distancia.

La cerámica propiamente dicha resultó ser variada: la loza arrojó trescientos diecisiete fragmentos que fueron clasificados en Creamware (9), Pearlware (51), Whiteware (247), mostrando así el predominio del período pos 1850. Tipológicamente hubo ciento treinta y nueve blancos, catorce de borde decorado, setenta y un impresos, veinte de Azul Desleído, catorce Estampados, veintiocho Pintados a Mano de la variedad Floreal, veintidós de Decoración Anular y otros varios. Esto indica una alta presencia moderna, mucho mayor de lo esperable por los porcentajes promedios en Buenos Aires. Las mayólicas españolas vidriadas resultaron ser diecinueve, todas de los siglos XVII y XVIII. Hubo tres fragmentos del tipo Bacín; la mayólica Morisca apareció representada con seis fragmentos de azul sobre blanco, incluidos dos con verde, tres policromos del siglo XVIII, uno blanco y cinco partes de un enorme macetero decorado en azul. Entre la cerámica rústica apareció un fragmento de tinaja española de aceite, un borde de una tinaja y otros tipos rústicos de ese fechamiento antes citado. Estos tipos se analizan más adelante con otras cerámicas provenientes de la excavación. Se hace evidente la falta de objetos del siglo XVI en cualquiera de sus épocas.

²⁶ El deterioro de esa plaza es increíble, actualmente varias topadoras están arrojando una nueva capa de escombros en varios lugares muy erosionados

²⁷ Daniel Schávelzon, *Tipología de recipientes de gres cerámico para la arqueología histórica de Buenos Aires*, Programa de Arqueología Urbana, publ. n° 4, 1987

Excavaciones

Cuadrícula A-1

Ubicada en el sector norte del parque midió 160 cm. por 100 cm., fue excavada hasta 220 cm. de profundidad, hallándose la arcilla estéril a 90 cm. Se observaron cinco niveles estratigráficos: una delgada capa de humus negro, otra bajo esta de color amarillento con fragmentos de demolición, una tercera con material cultural del siglo pasado y, sobre la capa limo-arcillosa, un nivel de tierra muy compactado que incluía material más antiguo, originado hacia 1800, incluyendo un tubo de pipa de caolín fechable medio siglo antes. Es interesante que la cerámica más antigua estaba sobre el nivel de demolición mostrando una estratigrafía invertida, la que más tarde fue también perturbada encontrándose en todos los niveles objetos del siglo XIX tardío y XX temprano. El problema lo presenta el engobe blanquecino exterior y la poca coloración del vidriado interior, lo que nos lleva a sospechar que en realidad sea parte de una botija de aceite con un chorreado interior de coloración similar. Lo reducido de la muestra hace imposible mayores detalles. De ser esto último verdad no hay posibilidad de un fechamiento ajustado.

Cuadrícula A-2

La excavación de esta cuadrícula fue suspendida al llegarse a los 90 cm. de profundidad por la presencia de tres caños, dos de fibrocemento y otro de hierro, los que habían destruido todo el conjunto. De todas formas el material recuperado fue analizado, mostrando que en el relleno había objetos de cierta antigüedad, entre ellos una moneda de dos reales de 1856, dos fragmentos de cerámica tipo bacín, uno de la variedad de borde-plano y otro del complejo y algunas lozas de la primera mitad del siglo pasado.

Cuadrícula A-3

Esta fue la excavación de mayor profundidad hecha en el parque, habiéndose llegado a los 215 cm., aunque el nivel estéril se halló a los 68 cm. El objetivo era seguir en su migración los pequeños fragmentos y espículas de carbón y ladrillo que habitualmente se encuentran en el nivel limo-arcilloso bajo Buenos Aires. Se encontraron cinco niveles de ocupación a partir del humus superior, formados por una capa delgada de ladrillo apisonado y muy destruido que cubría, a su vez, un estrato con gran número de objetos del siglo XIX, incluido loza y vidrio; por debajo una gruesa capa de tierra oscura y muchas raíces, casi estéril, que cubría un nivel de material de demolición.

Los materiales encontrados en los niveles superiores son todos de los últimos cien años, incluyendo un clavo forjado y una botija de aceite que pueden ser más antiguos aunque su fechamiento es difícil de precisar; en cambio las lozas y el resto del material no presentan dudas. Sin embargo, algunos vidrios soplados pueden mostrar una cronología ligeramente más antigua. En los estratos cuatro y cinco se observan materiales más modernos como contexto y deben estar en relación con un cable eléctrico encontrado en un extremo de la cuadrícula cuya colocación debe de haber invertido la estratigrafía. Fue interesante encontrar una cazuela de pipa de caolín con las letras D y T que permitió identificarla como fabricada por Thomas Dormer, en Londres, en los primeros años del siglo XIX.²⁸

En síntesis, es evidente tanto en el material como en los perfiles que el terreno ha sido profundamente perturbado, mezclándose con las demoliciones y excavaciones los materiales de

²⁸ Meter Davey, *Clay pipes from recent excavations in Buenos Aires*, Programa de Arqueología Urbana, publ. n° 5, 1989

cada época. Es de suponerse que el escombros sobre el nivel estéril coincida con los objetos más antiguos –para finales del siglo XVIII- y lo demás corresponda a la ocupación y modificaciones ulteriores.

Se trata de la excavación de la casa Barriles que se detalla más adelante.

Cuadrícula A-6

Ubicada en el medio de un gran cantero en la zona central del área oeste de la plaza, midió un metro de lado y fue excavada hasta un metro de profundidad. El primer nivel mostró material contemporáneo, mientras que un segundo estrato fue arrojando materiales más antiguos en una tierra oscura y arcillosa que, a partir de los cincuenta y cinco centímetros, se confunde con la arcilla estéril para culminar a los ochenta y cinco centímetros de profundidad. En el segundo nivel hubo una densa concentración de objetos del siglo XIX, como lozas impresas, floreales y estampadas, porcelana y vidrio negro de botellas inglesas de vino. Pero mezclado con eso aparecieron cerámicas de considerable antigüedad, del siglo XVII y del XVIII, sin guardar ninguna diferenciación en su distribución física. Se trata de un fragmento de vasija para aceite, tres mayólicas y uno de tipo rústico con vidriado interior. Esta fue una de las pocas cuadrículas que mostró una secuencia temporal entre sus niveles, aunque el inferior incluyera material indistintamente de varias épocas. El caso extremo es un fragmento de Mayólica Morisca Santo Domingo, pintada en azul sobre blanco en el exterior e interior; cuya cronología establecida es de 1550 a 1630²⁹ siendo así el material más antiguo del sitio. Provino del exacto punto entre el estrato superior y el segundo en forma descontextuada.

Cuadrícula A-7

Se trató de una excavación de 1,50 m. de lado y, en forma resumida, todos sus niveles mostraron alta concentración de material de los siglos XIX y XX, aunque hubo un bolsón con cerámicas de inicios del siglo pasado. Los cuarenta y dos fragmentos de vidrios y los cincuenta y cinco de lozas así lo comprueban, ya que hubo presencia de Pearlware, de motivos chinoscos pintados a mano y de cerámica rústica vidriada. El material estaba incluido en estratos que mostraban evidencias de haber sido lavados intensamente, sea por erosión, por estar expuestos, o por agua que corrió una vez depositados. Hubo también gruesas raíces que cruzaban todos los niveles, y la arcilla estéril se halla solo a cincuenta centímetros de profundidad. En el nivel inferior, pero sin relación deposicional con el material más nuevo, aparecieron varios fragmentos atribuidos al siglo XVIII y posiblemente uno del XVII, destacándose una mayólica con borde en “castañuela” y cenefa chinesca en la tradición tipológica llamada Morisca.

Cuadrícula B-1

En la zona cercana al Polvorín era evidente en superficie un grupo de ladrillos unidos con cal que había quedado en descubierto por la erosión. Se trataba como lo que luego se interpretó como la base o pedestal de un jarrón o escultura y cuyos ladrillos, comunes y de máquina, permiten fecharlo hacia 1880-1900. Medía 83cm. por 31 cm. por 47 cm. de alto, y los ladrillos comunes medían 31 cm. por 15 cm. por 4 cm. y estaba todo revocado en forma irregular indicando que se trataba del cimientto del pedestal.

En el ángulo noreste de la cuadrícula se encontró en su sitio una cañería cerámica sin vitrificar de 21 cm. de diámetro, la que continuaba en la cuadrícula B-2 cercana. El material conexo

²⁹ Deagan,op, cit

era de finales del siglo XIX y este caño perturbó hasta el nivel de la arcilla estéril no encontrándose estratigrafía alguna. Es posible que esta última sea anterior en pocos años al pedestal, pero todo fue, a su vez, roto al hacerse el camino asfaltado actual que pasa a pocos centímetros, oportunidad en que se retiraron ladrillos y se quebró la cañería. Asumimos en forma tentativa una cronología que no oscila más que entre 1870 y 1890 para todo el conjunto.

Cuadrícula B-2

En los planos de época de Buenos Aires figura en el sitio un polvorín en el borde de la barranca; se trataba de uno de los depósitos de pólvora para armas del ejército español que, su vez, servía de mirador para la vigilancia de la ciudad. Fue destruido antes de 1830. La excavación de esta cuadrícula estuvo definida por la presencia en superficie de fragmentos de ladrillos antiguos, muy rotos, pero sin duda coloniales, a lo largo del camino asfaltado. Por desgracia, un árbol de grandes dimensiones creció exactamente encima lo que movió los pocos ladrillos que aún estaban en su lugar, el resto fue retirado para el camino. Primero se trazó una trinchera de 3,20 m. de largo por 1 m. de ancho y luego fueron siguiendo entre las raíces los restos de ladrillos, limpiándolos en su lugar. En total se pudo calcular que el muro debió tener por lo menos 18,90 m. de largo el cimiento fue construido con cinco hiladas de ladrillos enteros y su extremo norte fue roto para pasar el caño de cerámica que hemos descrito en la cuadrícula anterior. Los mampuestos eran de 40 cm. de largo 7 cm. de espesor, pero su ancho no pudo ser medido por lo fragmentario del conjunto. El material recuperado es de los siglos XIX y XX pero, junto a los ladrillos, hubo algunos fragmentos del siglo XVIII tardío, incluyendo un vaso fino del tipo de ondas con pintura en superficie de tres colores, soplado con la marca del puntero en la base. Se trata del vaso colonial más interesante excavado hasta ahora en la ciudad.

Cuadrícula B-3

Colocada sobre el borde superior de la barranca y de un metro de lado, fue excavada hasta un metro de profundidad, hallándose en este sitio la arcilla estéril a 32 cm. Esto mostró que no hubo una ocupación intensa en el sitio, lo que se confirma con el hecho de que los escombros del Polvorín están colocados casi encima de la tierra estéril, con poquísimas evidencias de una ocupación anterior. La estratigrafía por encima de eso es confusa y muestra material de por lo menos tres siglos mezclados. En los primeros centímetros se encontró - junto a plástico y nylon- un fragmento de jarra de aceite española, lo que se repite más abajo, donde a 20 cm. se halló otra similar, pero con el vidriado marino de color blanco junto con Verde sobre Amarillo de Pasta Blanca típico en el siglo XVIII, y todo ello por encima de un vidrio de automóvil, macetas y plásticos. Y si bien en los niveles más bajos hubo objetos del siglo XIX y dos fragmentos de Mayólica Morisca del siglo XVII una y del XVIII otra, no dejó de haber material moderno hasta la capa de ladrillos del Polvorín.

En resumen, podemos suponer que los materiales antiguos provienen del período reciente de uso del Polvorín, y fueron en parte depositados durante su existencia y otros arrojados en la tierra, cuando fue destruido para hacer el camino. La erosión y el uso habitual compactó la tierra arrojada mezclando todo en lo que se puede ver hoy; esto conformó los dos grandes estratos de los perfiles de la excavación.

Cuadrícula B-4

De un metro de lado, se la ubicó en el medio de la barranca. Se la excavó en capas artificiales de 4 cm. cada una, encontrándose la arcilla estéril a 30 cm. Bajo la capa de humus se encontró un nivel de tierra limpia muy oscura con restos de ladrillos; este nivel estaba, en parte,

destruido por un hormiguero que había perforado el sector en su mayor parte hasta la arcilla misma. Todo lo encontrado es moderno, es decir, de finales del siglo pasado a la actualidad.

Cuadrícula B-5

Excavada en la base misma de la barranca mostró que la capa estéril del piso bonaerense está aquí a solo 20 cm., es decir, que por lo menos allí no hay rellenos artificiales. El nivel superior, que estaba formado por el humus de la plaza, mostró objetos recientes provenientes de demoliciones –mosaicos, caños, baldosas y ladrillo- y un único fragmento de vidrio negro de botella de ginebra del siglo pasado. El nivel inferior era un conjunto de ladrillos rotos que atravesaba la capa estéril hasta unos 45 cm. en que ya no había signo alguno de ocupación; los ladrillos eran de manufactura moderna y bastante reciente.

Cuadrícula B-6

De 1,50 m. de lado, está ubicada en el punto más alto de la barranca hacia Paseo Colón, en el lugar donde hay mejores vistas hacia el bajo. En rasgos generales los resultados de esta excavación son similares a los ya descritos, con la excepción de un nivel ubicado a 35 cm., compuesto por huesos calcinados, carbón, loza y vidrio muy fragmentados. A los 50 cm. se encontró la capa estéril de arcilla. Todo el conjunto era posterior a 1850 y las lozas tienden a concentrarse hacia 1920; en los diecinueve fragmentos hay de los tipos Impreso, Borde Decorado y blanco común incluyendo Blanco Modelado. Esta cuadrícula mostró perturbaciones fuertes, primero por un caño eléctrico y luego por el entierro reciente de un perro en una bolsa plástica que destruyó gran parte del sector.

Cuadrícula B-7

Ubicada sobre la barranca misma del lado este, apenas iniciada su excavación se encontró una construcción de ladrillo, lo que obligó a ampliar sus dimensiones originales para comprender el tipo de obra a que correspondía. Se trataba de un cimiento rectangular, parte de un mirador o plataforma hecho a mediados del siglo pasado que quizás fuera parte de la jardinería realizada por Horne o incluso por Lezama. Aún quedaban cuatro hiladas de ladrillos superpuestos que limpiamos en un largo de 2,85 m. aunque observando que, por lo menos hacia el sur, continuaba un metro más; los mampuestos midieron 33cm. x 25 cm. x 3,5 cm. y están unidos con cal; el poco material recuperado está fechado para la segunda mitad del siglo XIX.

Cuadrícula V

Se la excavó en el sector central-sur de la parte alta del parque; de cuatro metros de lado, se la subdividió, a su vez, en cuatro cuadrículas menores. En este caso el objetivo no era solo identificar materiales antiguos sino analizar con mayor detenimiento el proceso de transformación del parque y su uso cotidiano, es decir, corroborar la información histórico-documental con la arqueología para períodos recientes. Para ello se llevó a cabo una microestratigrafía estudiando en detalle el patrón de distribución del material en las superficies, en especial teniendo cuidado con los objetos más modernos. Si bien la descripción de los resultados rebasa el objetivo de este informe,

es posible mostrar que se comprobó un uso intenso del espacio público, y que ese sitio estuvo sometido a constantes transformaciones en períodos cortos de tiempo. Por ejemplo, un piso bajo el actual que estuvo expuesto y transitado hace no mucho tiempo. Y si bien hay básicamente tres niveles importantes por sobre la formación limo-arcillosa de base, cada estrato fue modificado por erosión, cañerías, raíces y hormigueros. En el lugar no hubo construcciones pero el escombros de la demoliciones cercanas se halla presente en cada nivel y atravesando uno y otro. El material recuperado presenta un patrón aún más confuso a tal grado que es imposible encontrar ninguna lógica más que la de la perturbación sistemática.

Se halló el único fragmento de cerámica indígena de todo el parque, cerámica española de los tipos Morisco y Sevilla, objetos del siglo XIX en buen número y del siglo XX temprano, pero todo incluido entre nylon, vidrio de automóvil, plástico, aluminio y objetos actuales diversos. Se encontraron las siguientes cantidades de fragmentos de loza: 12 de Creamware, 24 de Pearlware y 76 de Whiteware, lo cual, como conjunto, es significativo. Los porcentajes son proporcionales entre sí debido a que la presencia del siglo XVIII es baja, sube al doble para los inicios del siglo XIX y llega a triplicarse nuevamente para la segunda mitad del siglo pasado y parte del presente.

Excavación de la Casa Barriles

Las cuadrículas A-5 y A-7 mostraron la existencia de los restos de una vivienda, de tal forma que quedaron luego incluidas en una excavación mayor, de 26 metros cuadrados. Se trata de la casa que en el Catastro Beare de 1861 figura como propiedad de Magdalena Barriles, de allí su nombre. La investigación histórica indicó la existencia de esta y otras casas construidas a lo largo de las calles Defensa y Brasil, cuyos cimientos y pisos aún deben permanecer bajo el parque. Se halla ubicada sobre Brasil, encimada a la línea municipal y el murete que separa la vereda y el pasto; fue aprovechado para que con su desnivel sirviera de muro de contención. La existencia de estas casas bajo tierra y el buen estado en que se encuentran significan un importante potencial arqueológico de la ciudad. El descubrimiento de que esta casa había sido demolida sin destruir sus pisos le daba un doble interés, además de la información a obtener de la construcción misma era posible suponer que sus pisos habían sellado restos más antiguos y que estos debían estar intocados desde la mitad del siglo pasado. Esto era importante para la posible identificación de una ocupación del siglo XVI temprano.

En una descripción rápida, la vivienda estaba compuesta por un patio central y diversas habitaciones que se abrían hacia ese espacio central; según el Catastro Beare la casa tenía una entrada o pasillo que se repetía del otro lado de la casa, en una tipología poco habitual en la ciudad. Sus dimensiones eran de unos 11 m. por 15 m.; la casa tuvo cimientos hechos hasta la capa arcillosa que conforman el subsuelo del parque y la diferencia de nivel con la calle actual muestra el proceso de modificación que el parque ha venido sufriendo. Bajo el piso de la casa el nivel estéril se halla a 40 cm.

Los muros excavados mostraron una pared exterior, no medianera, ya que tenía molduras hechas en cemento, la posible ubicación de la fachada –ahora destruida para el murete del parque-, y una pared interior cortada por otra perpendicular. Se encontró la entrada de un albañal de mampostería y baldosas francesas que servía para llevar agua a un pozo. Por lo observado, el pozo, al que llevaban siete metros de albañal, estaba ubicado justo en el centro del patio. Todo el interior con la excepción del patio, tenía piso de baldosas rojas, el que fue levantado antes de la demolición dejando a la vista el contrapiso de cal y algunos fragmentos rotos de baldosas. La cimentación era de ladrillos unidos con cal con seis hiladas hasta llegar a la base formando zapatas simples. La obra fue hecha en una sola operación debido a que los encastres de ladrillos muestran un trabajo cuidadoso y sin interrupciones. Las juntas y los contrapisos son de cal pobre pero de calidad en sus componentes. El albañal estaba en perfecto estado y conducía al pozo que no pudimos investigar debido a la imposibilidad de excavar bajo una enorme palmera centenaria.

Según la *Memoria presentada al Honorable Concejo Deliberante* de 1898 sabemos que para esa fecha “se ha terminado la demolición de los antiguos edificios que se levantaban próximos a la esquina de Defensa y Brasil y se ha iniciado la transformación de la parte norte del parque”³⁰ colocando la reja que cerraba todo el terreno. Este fue el final de ese edificio que, sin duda, no era tan viejo como dice la nota, difícilmente pasaba de tener cuarenta años de vida. Al ser demolido, previo retiro de todo lo aprovechable, incluso baldosas, sus restos sirvieron a los que hacían el parque para levantar el nivel del piso de la plaza en ese sector. Pude verse en los planos como el escombro encontrado en el lado este estaba perfectamente bien colocado formando hileras y sin tocar los muros; pudo aprovecharse también para colocar andamios o subir a los muros. La fachada fue demolida hasta sus cimientos para colocar allí la reja y por ello el piso continúa sin interrupción hasta el murete actual.

La estratigrafía sobre los restos de la casa muestra los restos pos demolición y ofrece estratos ricos en materiales. De allí deducimos que primero se demolió todo lo que estuviera hasta un metro por encima del nivel de la arcilla dejando lo demás sin tocar, luego se encuentra el escombro arrojado por la obra, consistente en ladrillos, cal, baldosas, tierra y hasta bloques de mampostería enteros con sus revoques y molduras decorativas. Luego de haber apisonado todo ello se fueron colocando hasta siete capas de tierra provenientes de diferentes lugares con colores, texturas y contenidos distintos aunque con materiales contemporáneos entre sí. El último nivel fue de humus limpio y es aquel sobre el cual aún crece el pasto. La continuidad de los estratos sobre el murete de la vereda muestra que la reja debió estar ubicada un poco más adelante, quizá más cerca de la calle, y que el sector fue modificado tras demoler el enrejado en la década de 1930.

Si bien más adelante se enumeran los objetos descubiertos, cabe señalar que en los rellenos superiores a la casa misma se hallaron cerámicas coloniales y un tubo de pipa de caolín que muy posiblemente sea de finales del siglo XVIII. Únicamente hay dos fragmentos de cerámica roja rústica que podrían atribuirse al siglo XVI, dentro de lo que la bibliografía denomina Cerámica Roja de Vidriado Verde, aunque por cierto, por su pasta, están más emparentados con el tipo bien conocido como El Morro pudiendo ser mucho más tardío. En este aspecto el poco conocimiento que hay sobre esas cerámicas en nuestro país hace difícil su adscripción.

Para estudiar los rellenos más antiguos se comenzó una excavación en el piso mismo de la casa, trazando una pequeña cuadrícula de 1m. por 0,50 m. hasta llegar a la arcilla estéril a 40 cm. de profundidad. Se halló un fragmento de ladrillo más antiguo, quizá reusado, y cuatro cerámicas; tres lozas Pearlware (dos de Bordos Decorados, una Pintada a Mano) lo cual supone fechadas entre 1790 y 1840 para su manufactura; también se halló un extraño fragmento de cerámica sin vidriar color marrón oscuro, pasta fina bien cocida, con decoración en superficie mediante profundas incisiones hechas por presión de un instrumento alargado y de bordes cortantes, quizá metálico. No hay nada con que compararlo hasta la fecha pero, en principio, puede entenderse como una cerámica de tradición indígena, aunque no es posible ir más lejos. Este conjunto lo completa una moneda de cobre de un centavo de 1854, es posible que por el sitio en que hallada esa moneda sea contemporánea a la obra misma, habiendo quedado, probablemente, al construirse el contrapiso.

Materiales de construcción

1. *Baldosas*: se hallaron innumerables fragmentos, aproximadamente unos dos mil, de los que se seleccionó un muestrario representativo. Está compuesto por baldosas rústicas, delgadas, de 20 cm. de lado por 1,5 a 1,6 cm. de espesor; por baldosas rústicas gruesas con estrías o sin ellas, de dos cm. de espesor y sin marcas, y por baldosas finas con estrías en la base, francesas, aunque sin marcas y en menor cantidad. Es de suponer que la inmensa mayoría son nacionales y su calidad y formas las ubican en los inicios de la segunda mitad del siglo pasado.

³⁰ Concejo Deliberante, *Memoria del Honorable Concejo Deliberante*, Buenos Aires, 1898

2. *Caños vitrificados*: de los dieciocho fragmentos hay doce de gres claro con vidriado oscuro y manchado provenientes todos de un caño de 13, 5 cm. de diámetro. Otros dos son del mismo material aunque más amarillentos y uno sin cubierta interior, lo que es poco habitual. Los cuatro restantes son de pasta roja, y de ellos, dos son parte de un encastre unido con cal con un diámetro exterior de 9 cm. En principio, los de gres son de procedencia inglesa y los de cerámica roja son nacionales. Es indudable que no son parte de la etapa inicial de construcción de la casa misma, ya que para la época de su inicio no había este tipo de caños en el país.

3. *Revoques*: se hallaron cientos de fragmentos provenientes de las paredes demolidas; todos eran de cal y cubiertos, a su vez, por varias capas de pintura hecha con ese mismo material, aunque también hubo pinturas al aceite. Por lo general se desintegran al tacto o al secarse la humedad de la cal, pese a lo cual se logró conservar casi cincuenta muestras con pinturas alternadas de color rojo, blanco, azul y celeste. Hubo también casos de estampados con rodillos calados, técnica habitual en el siglo pasado.

4. *Molduras*: provenientes de la decoración interior de las paredes hubo varias molduras de yeso de las que se conservó todo lo reconocible; catorce de ellas muestran ornamentos en bajo relieve con rectas o curvas, entrelaces y hojas con restos de pintura siempre blanca y hasta en seis capas superpuestas.

5. *Otros materiales*: se halló aquitrán de impermeabilización de paredes, mosaicos de pisos hechos de cemento, un azulejo Pas de Calais, una hoja de pizarra, dos tejas de tipo francesa provenientes de Marsella y cinco tejas tipo españolas comunes.

Objetos de la vida cotidiana

Lozas: la más abundante ha sido la tipo Whiteware, hay solo tres fragmentos de Pearlware y ninguno Creamware, lo que indica una fecha posterior a 1840, que coincide para la asumida para la construcción (la de 1850), siendo todo lo descubierto debajo del piso, precisamente, Pearlware. Tipológicamente la clasificación mostró que los sesenta y tres fragmentos blancos sin decoración son: catorce platos que midieron 21, 23 y 31 cm. de diámetro, dos de ellos de borde ondulado y los demás de borde clásico. Hay cuatro fragmentos de bols altos y ocho de compoteras o soperas. La loza decorada incluye cuarenta y cinco fragmentos, seis de tipo impreso en azul, dos marrones, dos violetas y uno azul desleído; hay diez Anulares, uno Floreal pintado a mano. Cinco de Borde Decorado, uno Chinesco y siete Estampados.

- *Cerámicas rojas*: se encontraron dos fragmentos del cuerpo de dos botijas de aceite español.

- *Mayólicas*: del tipo Bacín en azul sobre blanco; un fragmento de azul sobre Blanco policromo, otra similar de pasta Morisca blanca y una tercera con pintura azul, aparecieron treinta tres macetas rojas y siete de pasta roja con vidriados diversos, tanto amarillentos como verdosos o amarronados. Todos tienen una adscripción cronológica entre el final del siglo XVII y el fin del siglo XVIII, habiendo llegado con los rellenos para cubrir los restos de la casa.

- *Porcelana*: en total hubo catorce fragmentos, ocho de tipo fino blanco sin decoración, otra similar con una línea roja anular, dos de pasta gruesa blanca y dos provenientes de fruterías chicas ornamentadas en relieve con hojas y frutas sin pintura.

- *Gres cerámico*: se recuperaron ocho objetos, seis de ellos provenientes de botellas de cerveza del Tipo2a, uno con las letras ..IVAR, lo que indica haber sido de la fábrica de Juan Bhuler en Bolívar 320. Otros dos son de ginebra holandesa con sus colores marrones típicos.

- *Hierro y otros metales*: se hallan ciento un objetos de metal, en su mayoría de hierro. Es posible enumerar, sucintamente, nueve alambres, cuatro eslabones de cadena, cuatro herraduras (la mayor de dieciocho cm. de alto), un tirafondo, una cabeza de remache, quince clavos de perfil circular, nueve de perfil cuadrado, una llave, dos escarpías (una cortada y otra forjada), dos tornillos industriales de madera, seis bulones diversos, con tuerca y sin ella, nueve fragmentos de sunchos de barril, una cabeza de plomo para chapa de zinc, cuatro hebillas incluida una completa, un abrelatas, una falleba, un formón, una pomela de puerta, una arandela, dos remates de lanzas de rejas y diecinueve fragmentos no identificados. También hubo un mango de cubierto de estaño, tres fragmentos de plomo, dos de hojalata, un ojal de cobre y una lámina de acero. Todo esto representa bien al siglo XIX, tanto en su primera parte como en la última.

- *Vidrios*: se encontraron tantos vidrios planos como de frascos y de botellas. Los primeros son dieciséis de ventana entre 1,5 y 3,5 mm., lo que ubica la muestra dentro de los parámetros conocidos para todo el siglo XIX, en que la tecnología logró reducir los espesores en forma abrupta. Hubo ocho fragmentos de tulipas de quinqués color blanco y tres de color celeste. Se encontraron diez vidrios de botellas de cerveza color marrón. Los frascos de perfumería y farmacia transparentes mostraron tanto manufactura de molde como soplado con puntero, también hubo tres vasos de base molde y ondas (uno casi completo), también una copa de 6,5 cm. de base de la variedad de pedestal de factura irregular aunque de molde. De vidrio de color verde (del verde medio al oscuro) se encontraron noventa y nueve fragmentos; de ellos catorce pertenecían a botellas de ginebra de base cuadrada y paredes rectas, cinco eran bases y, por lo menos, una era soplada, otra presentaba la inscripción... LINES.../SCHIER (¿) N ¿?... Hubo sesenta fragmentos de botellas verdes comunes de vino, veinticuatro bases y nueve picos, una de ellas tenía la letra en relieve K y otra PORTOBELLO-WOOD. Los diámetros oscilan entre 6,8 cm. y 8,4cm. Un botellón mostró una base de 15 cm. Los nueve picos son todos de botellas de molde o sopladas, pero terminados con tijera formadora manual. Uno de ellos tiene la cubierta de plomo sobre el corcho con la inscripción CALVET & Cie-BUENOS AIRES. Otras variantes son un pedazo de sifón de color azul, una base amarillenta con la inscripción RÍO DE LA PLATA... de 7,3 cm. y otra base marrón de molde de 12 cm. de diámetro.

Excavaciones en el Museo Histórico Nacional

Poco antes de comenzar las excavaciones en el parque fuimos informados por la Comisión nacional De Museos, Monumentos y Lugares Históricos de un hundimiento en el interior del Museo Histórico Nacional allí ubicado. Debido a la necesidad de rellenarlo se propuso estudiarlo con detenimiento antes de proceder a su destrucción. Al observarlo, se hizo evidente que era parte de un sistema complejo, en cierto grado distinto de los aljibes que habíamos estudiado en la ciudad hasta la fecha, debido a que quedaban a la vista dos pozos unidos entre sí, uno cubierto de ladrillos y el otro no, al que convergían dos albañales y se conectaba con arcos y bóvedas diversas. La operación consistió primero en abrir el lugar, retirar la basura que se había arrojado en el interior tras el derrumbe y luego excavar con cuidado en ambos pozos y liberar las estructuras conexas. La profundidad máxima que se pudo alcanzar sin riesgos fue de cuatro metros, momento en el que fue necesario suspender la tarea, ya que la sección superior amenazaba colapsar, hundiendo así el resto del piso del salón.

La construcción estudiada está compuesta de tres partes y sus anexos: dos pozos verticales, uno solo recubierto por mampostería, la bóveda superior que cubría todo ello, una bovedilla bajo un arco de cimiento y dos albañales. Por encima de todo esto pasan dos caños de hierro modernos de calefacción –que fue la que produjo el hundimiento-, y a un metro corren los caños de desagüe colocados hacia 1900/1910 cuyas pérdidas movieron la tierra suelta que quedó tras colocarse los caños de hierro.

El pozo de ladrillo es posiblemente el más antiguo; debió de ser un pozo de balde de un aljibe, es decir, un pozo para extraer agua de la primera napa mediante un balde, una roldana y habitualmente un brocal. Su perímetro está solo parcialmente recubierto de ladrillo ya que este fue adaptado a la arcilla más consistente y compacta, en una obra de mérito que revela una amplia experiencia... El diámetro es de 1,50 m. Aún se conservan los agujeros que los poceros usaban para subir y bajar en la construcción. La albañilería se encuentra dentro de lo tradicional en el último tercio del siglo pasado. En algún momento cambió de uso y pasó a ser parte de una cisterna o depósito de agua proveniente de techos y patios; para ello se excavó el pozo cercano, más irregular y sin recubrimientos, al que se hizo desaguar dos albañales de ladrillos y baldosas cerámicas. Se unió ambos con una bóveda de ladrillo en la parte superior, la que debió tener un agujero para sacar agua, también se hizo un murete de unión entre ambos lo suficientemente bajo como para que el agua pudiera pasar de un pozo al otro por simple rebalse, por encima se hicieron los pisos de ese momento. Hacia fin del siglo pasado o inicios del presente todo fue rellenado con tierra limpia y ladrillos, se hizo un nuevo piso y se canceló el sistema.

Los dos albañales citados están hechos con ladrillos unidos con cal y el piso es de baldosas francesas de las variedades provenientes de Havre; las dos marcas presentes son Gerault y Gagu, y León Duplessy. Lo interesante es que no fueron hechos simultáneamente, ya que la intersección de uno y otro es tan burda y mal hecha que el agua de una lavó la base del otro, produciendo el lento deterioro del costado del pozo y abriendo un enorme boquete que, a simple vista, hizo sospechar sobre la existencia de un túnel. De haberse seguido usando este albañal, todo hubiera colapsado mucho antes. En realidad, el derrumbe se produjo porque al colocarse los caños de hierro se rompió la bóveda de ladrillos (3,7cm por 14 cm. por 30 cm.); tras esto, las pérdidas del caño de desagüe cercano fueron lavando el relleno y produjeron un asentamiento lento pero implacable.

Desde el punto de vista cronológico es posible suponer que el pozo de ladrillo es más antiguo y que debe de corresponder a la obra de Lezama; el edificio fue construido en 1861. Si bien en informes preliminares lo supusimos anterior, creemos que no es así por el tamaño mismo de los ladrillos; la ampliación al nuevo pozo debió de ser hecha cerca del fin del siglo cuando fue adaptado el edificio para el Museo Histórico, en 1889. Al terminarse la excavación de su relleno, los pozos fueron cubiertos por telas plásticas especiales que permiten el paso de aire y agua, y el relleno se hizo a medida que se retiraban los soportes que se tuvieron que colocar para seguridad; todo esto permitiría una reapertura futura del conjunto para dejarlo a la vista. El contenido de los pozos era poco y estaba compuesto por tierra y fragmentos de ladrillos en su mayoría. El resto de los objetos es el siguiente:

Materiales de construcción: se hallaron dos fragmentos de mármol blanco pulido en una cara de 2,2 cm. y 2,4 cm. de espesor, cinco mosaicos comunes nacionales, tres fragmentos de caños para agua, sin vitrificar de 24 cm. de diámetro, dieciséis azulejos blancos europeos, 1920, ocho fragmentos de revoques sin pintura, veintitrés baldosas o parte de ellas, gruesas y con bastones en la base y delgadas finas nacionales y dos de Havre y tres de Marsella.

Objetos de la vida cotidiana: un fragmento de gres de tintero inglés, parte de una maceta común, siete vidrios, entre ellos dos de botellas de vino color verde-negro, cuatro planos de ventanas, tres de frascos de medicina, seis huesos de vaca, cuatro hojuelas de latas de conserva, un clavo de perfil circular, un eslabón de hierro de cadena, y dos de cobre doblado, una chapa ovalada

de acero, un caño eléctrico de 13 cm. de largo Las cerámicas son: tres porcelanas blancas, una pintada a mano en forma anular color azul y trece lozas. Estas son dos blancas, dos pintadas a mano (floreales), tres impresas, una moldeada, una anular, dos impresas en azul desleído y dos no identificables.

Ninguno de estos objetos puede remontarse más allá de 1800, siendo sólo los caños de cerámica y alguna loza impresa lo único de la primera mitad del siglo XIX y como contexto todo puede ser fechado para 1890-1900. Los azulejos blancos modernos junto con el caño eléctrico estaban en el nivel superior, casi en superficie y junto con los ladrillos del derrumbe de la bóveda rota por los caños de calefacción y no cabe duda de que entraron con el derrumbe reciente de la bóveda. Esto coincide con el fechamiento propuesto anteriormente, que permite encontrar una buena correlación entre las fechas históricas-documentales, arqueológicas y constructivas.

Algunas conclusiones sobre la primera Buenos Aires en parque Lezama

Si bien la ubicación de la aldea de Pedro de Mendoza era el objetivo primario, ya que cualquier otro estudio debía establecerse a posteriori de comprobar su existencia, el trabajo realizado ha demostrado que no hay casi ninguna posibilidad de que esta haya sido la localización de la primera Buenos Aires. Más adelante detallaremos el porqué de esta conclusión lo que, por supuesto, no implica que esta no haya estado en las cercanías. Lo único que podemos decir es que la excavación no mostró su existencia en los lugares en que hemos excavado y, por extensión, probabilística, en la superficie actual del parque, incluidas las barrancas y su parte inmediata inferior.

La cuestión puede plantearse arqueológicamente de la siguiente manera: un asentamiento de indicios del siglo XVI con más de mil personas viviendo en forma más o menos estable, o rotando con la vida en los barcos, en donde se cultivó la tierra aunque más no sea en los últimos años, en el que hubo por lo menos una casa de cierta categoría, un murete perimetral, varios cientos de cadáveres –enterrados o no-, una o más iglesias hechas con tablas de nave, barro y ramas, y al incendio producido al ser abandonado por orden de Alonso de Cabrera, tiene que dejar un conjunto material significativo posible de ser identificado. Más aún que Garay llegó y pobló la ciudad en otra parte, cuarenta años más tarde y la zona estuvo despoblada por más de un siglo.

Por otra parte, es posible establecer por anticipado cuál es el complejo cerámico que debe ser hallado en un sitio de esa naturaleza y fechamiento. Este debe estar compuesto por tipo existente en la época y similar a otros sitios ya excavados fechados para esos años. Básicamente la Mayólica debe estar representada masivamente por el Morisco tipo Columbia Liso y acompañada por el Isabela Policromo y el Yayal Azul sobre Blanco. La cerámica roja vidriada debe tener Lebrillo Verde y Melado; posiblemente los tipos italianizantes como el Caparra Azul y el Liguria Azul sobre Azul y las dos variantes del Sevilla. Todo esto en función de los tipos ya conocidos para el siglo XVI en el continente y en esta misma ciudad. En principio, este contexto no existe en el parque y únicamente hay un ejemplo de Lebrillo Verde y hay que tener en cuenta que esa cerámica se extendió en su uso hasta 1600. Es decir, que por lo menos desde el punto de vista ceramológico, en cuanto a lo proveniente de España, no existen datos que confirmen la hipótesis. Demás está decir que debería hallarse además un número considerable de cerámicas indígenas.

Las cerámicas descubiertas anteriores al siglo XIX, sin incluir las lozas Creamware, son las siguientes, clasificadas por sus tipos:

Tipos de cerámica	cantidad	total	%
Indígena		2	3,2
Mestiza Monocroma Roja	1	1	1,6
Mayólicas		32	51,6
Bacín	8		
Santo Domingo	5		
Yuyal	4		
Columbia Blanco	2		
Sevilla Blanco	1		
Talavera	5		
Policromo	4		
Azulejo policromo	1		
Macetero azul-blanco	2		
Rústicas		27	43,6
Tinaja	1		
El Morro	2		
Aceite	11		
Verde/amar. Pasta blanca	2		
Lebrillo Verde	1		
No identificadas	10		

Ya citamos que hubo dos ejemplos de cerámica indígena, lo que es muy reducido para lo que frecuentemente se excava en Buenos Aires. Y si bien esta cerámica llegó en uso hasta finales del siglo XVIII es difícil asumir un fechamiento por haber sido halladas fuera de contexto, una con material del siglo XIX temprano –la incisa-, y otra con material de los siglos XVIII y XIX y otros objetos modernos. También debe notarse que hay muchas cerámicas rústicas vidriadas que no pueden clasificarse dado que el avance en este tema en nuestro país, y en general en América latina, es mínimo y solo se reduce a los tipos del siglo XVI, habiéndose dejado lo más tardío de lado. Debe destacarse también la mínima cantidad de tipos mestizos tan comunes para los siglos XVII y XVIII porteños.

El otro tipo de material que podía ser útil es el grupo de pipas de caolín, que pueden ser fechadas con bastante exactitud. Se hallaron quince de ellas en todo tipo de contexto y en principio todas pueden ser fechadas para los finales del siglos XVIII y XIX. El estudio hecho por Peter Davey de estas pipas así lo indica incluso precisando más para cada pipa, destacándose el grupo VG que ha servido para un interesante avance en la materia.³¹

La estratigrafía no demostró la existencia de un estrato que, con independencia de los materiales, pudiera ser atribuido a un poblamiento temprano; es decir, no hubo una concentración de huesos, lípidos y tierra apisonada y luego quemada, no hubo restos de construcciones transitorias ni de muros de cualquier tipo que no sean ladrillos. No hubo huesos humanos, ni perturbaciones de la arcilla original que no tenga una explicación moderna. No hubo una capa que mostrara evidencias de haber estado expuesta a la intemperie con evidencias de cultivo ni de uso similar. Menos aún un

³¹ Meter Davey, “The problem of VG pipes from Argentina”, *Newsletter of the Society of Clay Pipe Research* n° 29, pp. 14-20, Bishopson, 1991; en el n° 30 del mismo año véase la nota de Richard Le Cheminant sobre el mismo tema.

contexto de objetos de época, es decir, por lo menos y por nuestras experiencias en San Telmo, que esté compuesto por monedas, alfileres, botones, hebillas, armas, cuchillos, cerámicas varias, vidrios, clavos de perfil cuadrado forjados y otros tantos objetos tal como la lectura documental muestra que estaba compuesto el amplio surtido de objetos que los conquistadores tenían consigo.

Por supuesto, debe tomarse en consideración la extrema destrucción del suelo y subsuelo del parque, ya citamos como ha sido habitual encontrar evidencias de excavaciones de magnitud, estratos invertidos, cañerías de todo tipo y dimensión e incluso restos de viviendas enteras. Asimismo, gran parte del parque no puede ser excavado por tener encima el Museo, caminos asfaltados, bancos, monumentos, árboles, canteros, etc. De todas formas, de haber estado allí, la destrucción de su contexto no debió implicar necesariamente la desaparición de los artefactos que allí existieron los que deben ser encontrados en otros contextos o en superficie por erosión.

Todo eso nos permite concluir que:

- 1) es notable la poca profundidad de las capas de ocupación humana sobre el nivel limo-arcilloso estéril, siendo de 60 cm. en los lugares con mayor profundidad y en las barrancas, incluso de menos de 30 cm.
- 2) el parque está prácticamente destruido para un estudio estratigráfico; la falta de todo control en las obras de tendido de cañerías, en la construcción y demolición de edificios, el nivelamiento y la erosión han producido un daño irreparable
- 3) Por lo menos la erosión sigue haciendo estragos, en especial en los sectores donde falta completamente el pasto. Hay sectores que muestran la arcilla natural al descubierto lo que indica que se ha erosionado en este siglo hasta un metro del nivel inicial. Los sectores cubiertos en enero de 1989, en igual fecha de 1991 ya estaban nuevamente al descubierto
- 4) La hipótesis sobre la primera Buenos Aires implicaba la presencia de un estrato físicamente comprobable y de un contexto de artefactos; ninguna de ambas fue identificada
- 5) No hay evidencias de ningún tipo de ocupación permanente anterior al siglo XVIII inicial, por lo menos en los sectores excavados
- 6) El análisis de los objetos en sí mismo han mostrado sólo la *posible* presencia del siglo XVI, mientras que en el siglo XVII está representado poco, aumentando en intensidad a medida que avanza en el siglo XVIII
- 7) El muestreo realizado no es total ni definitivo; podría ser útil excavar con mayor amplitud debajo de las casas y edificios destruidos en 1897 para hacer el parque, como la Casa Barriles. De todas formas la prospección llevada a cabo es válida
- 8) Las hipótesis históricas sustentadas como las ya citadas de Nájera y De Gandía, deben ser revisadas a la luz de lo descubierto
- 9) La hipótesis sostenida oficialmente hasta la fecha que indica la ubicación de la primera Buenos Aires en Parque Lezama debe ser desestimada; o en último caso ampliada a la zona sur de la ciudad sin especificar un sitio preciso, aunque no por ello deja de ser solo una hipótesis aún sin demostrar

Estado actual del conocimiento de la primera Buenos Aires

Al parecer, los últimos cuatro años de trabajo no han sido suficientes para encontrar el sitio exacto de la primera aldea construida por Pedro de Mendoza. Hemos descrito las contradicciones existentes en las hipótesis sobre el tema que han surgido en la investigación documental y ha

quedado claro que, más allá de estas, la búsqueda debe ser arqueológica para no seguir en un callejón sin salida. Pero todo trabajo de este tipo necesita constantemente el contraponer sus avances con sus hipótesis de trabajo, evaluarlas, y volver al campo para seguir trabajando. En este caso, el no haber hallado en Parque Lezama lo que supuestamente allí había nos obliga a reconsiderar la cuestión desde la luz que las otras excavaciones hechas en la zona nos arrojan.

Hasta la fecha, hemos excavado en diversos sitios de la zona centro-sur; la parte más al sur, es decir Lezama y en la calle Defensa 1469; en la zona central-los altos de San Telmo- excavamos dentro del ex convento de la iglesia de San Telmo (más conocida como Cárcel de Mujeres) a pocos metros de la Plaza Borrego; un poco más tarde, al norte, se excavó en Defensa 751 y en Perú 680 (Imprenta Coni); acercándonos hacia el centro se estudió un pozo en el Museo Etnográfico, en Moreno 350, y en la Plaza de Mayo se excavó el Cabildo. Es decir, que actualmente es posible plantear un panorama del Buenos Aires antiguo con cierta seguridad, aunque lógicamente dentro de los márgenes que la prudencia indica.

La zona sur puede ya ser descartada y Lezama ha demostrado que no hay prácticamente ninguna evidencia de poblamiento en el siglo XVI, ni temprano ni tardío; tal como la historia indica toda esa zona fue realmente poblada y construida mucho más tarde y quizás solo usada como terreno agrícola durante casi los dos primeros siglos. De allí hacia el norte sucede lo mismo y la zona de San Telmo, a la altura de la iglesia, muestra algo similar: una ocupación muy ligera del siglo XVII para comenzar con las construcciones en el siglo XVIII. Bajo la Capilla del Carmen, dentro de la ex cárcel la secuencia es clara y no hay restos más antiguos salvo un piso de ladrillo asociado a hierros fundidos que se ha explicado como parte de las obras de erección del convento jesuítico hacia 1710. Esto permitiría, en principio y sujeto a futuras consideraciones, descartar tanto Lezama como las alturas cercanas y los Altos de San Telmo como sitios de esa primera aldea.

Para la zona más central de la ciudad, es decir, en los terrenos del Cabildo, la excavación reciente ³² ha mostrado algún material del siglo XVI, tal como el Lebrillo Verde y Columbia Blanco entre las cerámicas fácilmente reconocibles, pero no hubo un contexto bien identificado que pueda atribuirse a antes de la Segunda Fundación, y a esta incluso se la ve difusamente. Mucho mejor está representado el siglo XVII y ni hablar del XVIII que ya incluye las obras del Cabildo mismo. Aún falta una temporada de excavación para comprender mejor ese sitio tan especial, pero no hay evidencias que alienten ninguna suposición sobre el tema de nuestro interés. El pozo descubierto casualmente en Moreno 350, de innegable importancia por ser del siglo XVIII temprano, quizás un hallazgo único en la ciudad por su interés, no posee materiales más antiguos, o por lo menos los que hay están claramente asociados con otros más nuevos. ³³

Los dos sitios que han permitido encontrar cerámicas del siglo XVI en cantidades mayores son Perú 680 ³⁴ y Defensa 751 ³⁵. Esto es en las márgenes del Tercero del Sur o Zanjón de Granados. En la calle Defensa se excavó alrededor del túnel que entuba ese antiguo arroyo estacional y se estudió el material proveniente del terreno interno del túnel ³⁶. En ambos hubo material del siglo XVI temprano habiendo prácticamente todos los tipos cerámicos que era posible esperar; pero posee dos inconvenientes insalvables: lo del interior del túnel es relleno cuya proveniencia es desconocida aunque posiblemente no muy lejana; lo del exterior ha sido

³² Excavación llevada a cabo en dos temporadas en noviembre-diciembre 1991 y marzo 1992

³³ Descubierto por casualidad en el patio delantero y excavado en 1991

³⁴ Daniel Schávelzon, *Arqueología Histórica de Buenos Aires: la Imprenta Coni en San Telmo*, Corregidor, Buenos Aires

³⁵ Buena parte del material recuperado en esa excavación forma parte de lo publicado en el libro citado, en nota 10

³⁶ D. Schávelzon, S. Caviglia, M. Macadán y S. Aguirre Saravia, *Excavaciones arqueológicas en San Telmo: informe preliminar*, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Buenos Aires, 1987

interpretado como proveniente del lecho original del zanjón y arrojado a los lados al excavar para hacer el inmenso túnel enladrillado. Y debemos recordar que a ese Tercero o Zanjón iba a parar la basura de la ciudad por orden del Cabildo, tal como ya lo hemos demostrado, por lo tanto tampoco sabemos su sitio de origen. No hubo fuera del túnel un estrato o contexto que pueda identificarse como la primera aldea, o de haber existido está ya destruido o no fue posible observarlo. Al alejarse de las antiguas orillas del arroyo el material se hacía claramente más tardío y estaba estratigráficamente bien conservado, ya que fueron sectores no perturbados por las obras de entubamiento de 1865.

En Perú 680 hubo muy poco material de esa antigüedad, aunque en este caso la estratigrafía sí, pudo ser bien observada; por suerte una casa de mitad del siglo XVIII había conservado, en parte, sus pisos de ladrillo debajo de otro de 1822, a la que cubría la imprenta construida en 1885. Bajo el piso más antiguo, en un sector cuyo desnivel descendía hasta el Tercero en su brazo norte, hubo siglo XVI en especial tipos como el Columbia Blanco, Lebrillo Verde, Yuyal e Isabela, incluida alguna cerámica indígena, pero tras su estudio hemos tenido que aceptar que eran objetos utilizados en los últimos años de existencia, es decir, hacia el siglo XVII dada la presencia de tipos más tardíos. Nuevamente es imposible asumir que sea un contexto del siglo XVI temprano.

En resumen, para el estado actual del problema, la zona que más objetos de la época ha dado, y en donde las posibilidades son mayores, es en los alrededores del Tercero del Sur, es decir, las calles Independencia, Chile, México en un sentido, y desde Balcarce hasta Perú por el otro. Esto, es necesario recalcar, no quiere decir que este sea el sitio sino la zona, deben profundizarse las excavaciones para probar o descartar la hipótesis. Historiográficamente esto coincide con las investigaciones realizadas por Aníbal Cardoso a inicios de este siglo, bien publicadas en su época, y que también es necesario revisar con mayor detenimiento.

La ciencia no avanza sólo con grandes descubrimientos sino por el ejercicio diario de la prueba y el error, descartando y abriendo nuevas alternativas; la historia no es una ciencia cerrada que pueda dar explicaciones definitivas, sino a través del reconocimiento de lo que no sabemos. Quizá la primera aldea fundada por Pedro de Mendoza, desprovista de la exageración, la apologética, la difusa memoria de sus sobrevivientes, ya haya sido destruida por otras urbanas; o quizá lo está haciendo en este mismo momento por la falta absoluta de planes de investigación previos a las obras destructivas. Y como muchos ya dijeron antes, quizás el no poder hallarla sea un justo precio a pagar por los habitantes de la ciudad. por nuestra falta de memoria, de identidad y de respeto por nuestra propia historia, nuestro pasado y por nosotros mismos.